

La muerte debe ser eso

«*Hoy también ha ocurrido*». Esto lo escribiré luego, cuando me levante, en la parte de arriba de alguna de las páginas de la libreta que encuentre.

Escribiré *también* porque en los últimos meses se me duerme cada poco y por completo una mano en mitad de la noche. Siempre la misma, mi mano hábil, la derecha. Despertarme con sed y tratar de alcanzar el vaso que había dejado a un lado se vuelve una acción imposible porque, a oscuras, mi mano ha dejado de existir. No es hasta que enciendo la luz, medio incorporada, con los labios pastosos y el cuerpo caliente, cuando la descubro todavía pegada al final de mi brazo y me asalta el descubrimiento de un pedazo de mí yaciendo inerte encima de la almohada. La palpo con la otra y descubro que parece de plástico, como cuando se le mete aire a un guante amarillo de fregar y los dedos cobran una forma exagerada. Como un juguete para perros que emite un sonido agudo cada vez que lo aprietas.

Esta visión es lo más cerca que he estado a la muerte de un mamífero. Un ser chiquito y caliente, ajeno y callado. Alguien a quien de pronto no conozco, tumbado afuera, ausente. La muerte debe ser eso. Reposar, parecerse de pronto a otra cosa, no ser lo mismo, pero sí similar; sí *casi*, pero no. La muerte debe ser no poder reaccionar al tacto ni saludar ni estremecerse.

A mí me hubiera gustado verle el rostro al cadáver de mi tía, poder entender que me tocaba buscarla en otros lados y no en su cuerpo, pero tuve que creerme lo que me dijeron y su muerte fue solo una idea. La idea de que ya no podía volver porque no existía. Y eso el cuerpo no lo entiende, como tampoco entiende el cerebro a la extremidad que no obedece sus órdenes. *Devuelve el vaso a su sitio. Ráscame. Ven más cerca de mi cara.* Pero nada se mueve. Qué raro.

Desde la cama, agarro el vaso como haría un bebé al empezar a manipular su biberón, con un ligero tembleque, forzando los labios al encuentro con el borde del cristal, y bebo despacio. Si el agua está fría, como ahora, me es posible seguir su recorrido hasta más o menos donde acaban mis pechos. Me gusta mucho que me laman los pechos. Hoy le pediría a todo el mundo que se cruzase conmigo por la calle que me lamiese la mano, para recuperarla despacio. Para notarla primero caliente y luego llena de hormigas imaginarias.

Me gusta, en realidad, preguntarme si esa mano me pertenece o no, si mientras no la veo puede haberse convertido en un pájaro atropellado o en un recipiente enclenque

para echar huesos de aceituna. ¿Cuántas cosas son un engaño cuando se trata de la percepción? Me pregunto si hay manos que se escapan en la noche. Me agarro a ese pensamiento y me convengo de que estos episodios recientes son una prueba de que una parte de mi cuerpo está queriendo vivir otras cosas mientras yo duermo, casi como lanzando un grito de auxilio o simplemente demostrándome que se lo pasa mucho mejor que yo. ¿Qué hace ella mientras yo la miro sin lograr enviarle ninguna señal? ¿Adónde va? ¿Será otra mano la que vuelve conmigo por la mañana? ¿Alguien se quedará la mía, hábil sobre todo para el tacto, la ternura y la masturbación? ¿Le servirá a alguien de algo ese montón de huesos ordenados y recubiertos de piel morena?

Esto de aquí arriba no voy a dejarlo por escrito, en la libreta solamente apuntaré «*Hoy también ha ocurrido*». Y lo haré luego, cuando me levante, porque ahora voy a tratar de dormirme de nuevo. Luego de levantarme y también luego de escribirlo, voy a ver a Salva. Es la primera vez que voy a ver a Salva, porque hasta ahora solamente hemos hablado por WhatsApp y, antes, por Tinder. Y cuando le vea —y puedo saberlo porque el tiempo de esta escritura no tiene nada que ver con el tiempo de esta historia, en la que algunas cosas todavía no han sucedido—, lo primero que dirá después de *Hola. Encantado. ¿Qué tal? ¿Currabas hoy, me dijiste? Yo libro findes. Podemos sentarnos por aquí. ¿Fumas? Sí, yo también. Terraza, entonces. Yo quiero una doble, por favor. Gracias.* será:

—¿Vienes de un huerto o algo así? Tienes la mano llena de tierra. —Hablará señalando mi mano derecha. Le miraré y luego me miraré la mano. Mis uñas con una línea negra perfectamente definida, mi palma llena de estiércol, un corte superficial en los nudillos. Sonreiré sin que se entienda en absoluto por qué lo hago.

—Sí, me gusta. Voy a veces.

Él, sin dejar de mirarme, asentirá. Yo le miraré las manos sin hacer ninguna pregunta. Todo me lo querré imaginar.

—Voy al baño.